

Fig. No. 182.- Cántara pictografiada donde aparece el venado en compañía de un felino descifrando los pallares.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XXC-000-017)



Fig. No. 183.- Mensajeros que llevan en las manos manojos que constituyen una nueva modalidad de mensaje.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1677)

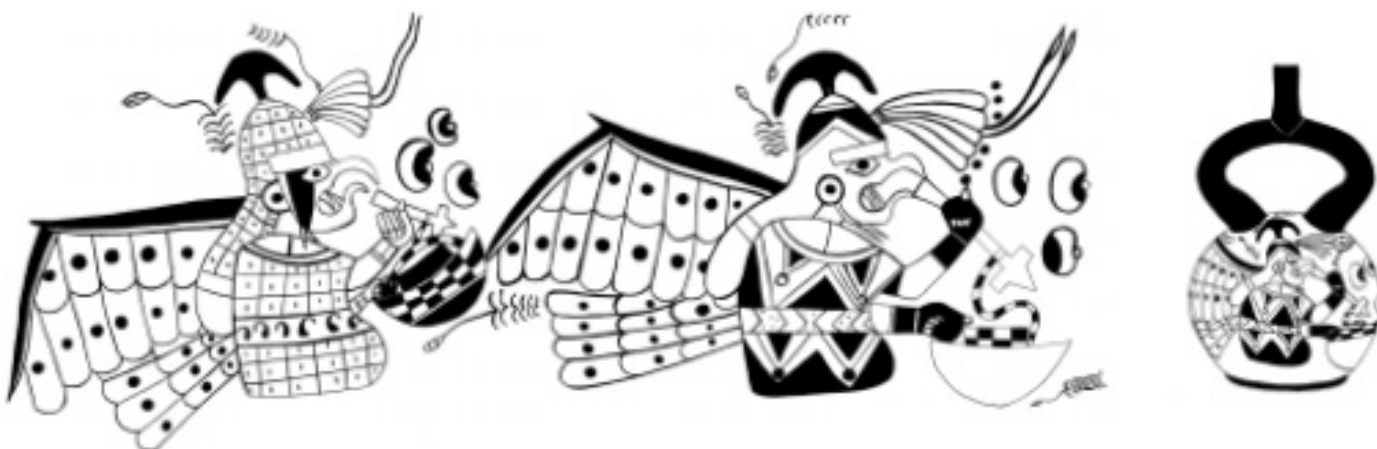


Fig. No. 184.- Mensajeros descifradores, con la bolsa y el instrumento que se utilizaba para la confección de los mensajes, según un vaso pintado. En la ilustración se aprecia el remate de los gorros en forma de Tumi.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1685)



Fig. No. 185.- Pictografía que revela la marcha de un mensajero guerrero, muy bien simbolizado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1584)

Nuestro problema se hace más interesante aún con la figura No. 183. Reconocemos en ella a los mensajeros ya identificados, pero con una particularidad muy notoria, que hace sumar un nuevo aspecto a la ideografía representativa de los mochicas: los “mensajeros” no llevan en este caso bolsas, sino unos objetos cuya forma se asemeja al espinazo de un pez. Sin duda alguna, éstos, como los pallares, tenían el mismo fin. La elasticidad que ofrecen y su representación nos revelan que no se referían a maderas preparadas, mucho menos a ramas de árboles, como alguien podría deducir por la forma, ya que sus hojas y varillas tendrían que estar sujetas a una manera especial de representación y además a sufrir caídas y roturas, si se tiene en cuenta el gran trayecto que habían de recorrer los mensajeros y el cambio rápido que tenía que hacerse de mano a mano. Para este caso, la única explicación consiste en que estas originales ideografías estén hechas de cordones atados a uno central, en forma de palma, y que representen acaso los motivos precursores de los quipus incaicos. Y esto es muy posible. Desgraciadamente, es el único documento de esta naturaleza con que contamos. Esperamos conseguir un mayor acopio de ellos y enfocar debidamente nuestra investigación para emitir un juicio preciso y ejecutoriado.

Volviendo ahora al asunto de los pallares que frecuentemente se encuentran en estas escenas y en la forma particular como los vemos en la pictografía descrita, estos granos no tienen las mismas pintas y manchas que los naturales. Son manchas y puntos convencionales que encierran, con toda seguridad, ideas. He allí por qué se preocupan de ellos los grandes jefes, los portan los “mensajeros” y los conservan los zorros, sabios e intérpretes. El hecho de enterrarlos en arena es precisamente el encolcamiento, que tiende a preservarlos de las plagas que constantemente atacan a esta leguminosa.

Para comprobar además que dichas manchas son convencionales, tenemos la pictografía que aparece en la figura No. 184. En ella hay un individuo en forma de ave con el mismo penacho de plumas que caracteriza a la institución y con un instrumento en la mano y una pequeña canasta o bolsa igual a la que tienen los zorros. Frente a este individuo hay pallares pintados con formas diferentes. Es indudable que éste es el instrumento con que se pintaban o grababan los pallares, de acuerdo con el mensaje que se iba a transmitir.

Más tarde, el artista mochica no sólo ha querido demostrar el uso de los “mensajeros”, sino dejarnos un documento más real, que nos dé una verdadera idea de los mensajes. En la pictografía que insertamos en la figura No. 185 aparece una serie de pallares. La yema germinativa de cada uno de ellos está representada por rostros de zorro y rostros humanos; todos tienen pequeños brazos y llevan en la mano el mismo instrumento puntiagudo en forma de maza que vemos representado en la pictografía descrita en el acápite anterior. Tienen también miembros inferiores humanos, signos del movimiento de traslación, y están en actitud de correr, lo mismo que los “mensajeros”. Atraviesan campos sinuosos, con una serie de puntos que representan la arena.

Si no hubiéramos visto en la pictografía que representa un banquete los platos y recipientes de líquido provistos de pequeñas piernas para simbolizar el movimiento de los mismos hacia los comensales, diríamos que esta pictografía no vendría a ser sino el resultado de la creación fantástica del artista mochica, pero no sucede esto. Conociendo ya su simbolismo, que traduce su manera de expresar gráficamente, y la forma como expone sus ideas, podemos asegurar que se trata de la marcha de su mensaje, y por esto vemos aquí y allá, entre uno y otro personaje, los frutos y pallares pintados a que nos hemos referido.

Tenían, pues, los mochicas, además de la pintura escultórica, material de los objetos, la escritura simbólica; es decir, contaban con el segundo paso que los hombres han dado como medio para comunicar su pensamiento.

Hay pueblos como los malasios de Sumatra, cuyos mensajes se forman por pequeños paquetes que contienen diversos objetos o cosas. De acuerdo con las porciones y cantidad de ellos –pueden ser sal, pimienta y demás– tienen el significado de amor, odio u otro.

No se trata en este caso de una escritura iconográfica, como ha clasificado Brinton a la escritura de los mayas.

Los indios de Illinois tienen un sistema muy curioso de escritura: la lluvia, por ejemplo, está representada por tres círculos; arder o quemar, por dos; la luz o el sol, por cinco pequeños círculos. Los esquimales representan las aves por medio de cruces; el hombre, con una línea vertical gruesa.

Me inclino a creer que es más o menos éste el sistema de escritura simbolizada que empleaban los

mochicas, con signos establecidos y combinados que daban la forma escrita del lenguaje.

Indudablemente, no se puede decir que ese medio de perduración y comunicación de los hechos haya llegado a un grado de perfección notable. Creemos que la escritura se refirió únicamente a ciertas convenciones que delataban claramente los hechos en forma gráfica, y dejaban las frases y oraciones para la mejor interpretación del sujeto frente a los signos, rayas o círculos. Sin embargo, a medida que nos internamos más aún en este arduo y delicado problema, creemos firmemente que alcanzaremos mayores puntos de vista, para llegar a conclusiones científicamente sancionadas, y no estará lejos el día que formemos un verdadero “abecedario” de interpretaciones. Pues a más de los documentos etnológicos con que contamos, tenemos fuentes tradicionales muy ricas que aún no han sido explotadas. Destaca entre ellas un curioso sistema que se emplea actualmente en la sierra por algunos campesinos, el mismo que se ha usado por los viejos pobladores de Paiján y otros pueblos indígenas del valle de Chicama: en la cosecha en los fundos de la sierra, los habitantes, que no entienden de números y menos contar, llevan la estadística de su chacra y de sus ganados en pequeñas bolsas de diferentes colores, a las que denominan “talegas”. Cada bolsa corresponde a una de las chacras conocidas con su nombre. De acuerdo con el número de sacos que produce cada chacra, se pone en la talega el número correspondiente en ñuñas o maíz, de conformidad con el vegetal y la cantidad producida. También llevan las cuentas de su ganado en la misma forma, utilizando en cada clase gramos diferentes y señalando hasta el colorido. Las ovejas están representadas por los chochos; las vacas, por las ñuñas y demás.

En la costa también se ha utilizado el mismo sistema para la cuenta del ganado, y se ha empleado para el caso los frijoles y pallares, de ahí que hasta hoy se llamen todavía “carneritos” a los frijoles y “vaquitas” a los pallares, por la asignación que tenían antes de la cuenta.

Son estos rasgos vestigios de los viejos sistemas de nuestros antepasados, que los empleaban no sólo en la numeración, sino teniendo en consideración cómo se pintaban o grababan artificialmente las legumbres de uso; en este caso, ya no representando números, sino ideas y recuerdos; los granos, así, servían para la expresión del pensamiento mochica.

Hemos recolectado, para mejor comprobación, gran variedad de pallares manchados, con el objeto de compararlos con los que aparecen pictografiados en los numerosos vasos de la cerámica mochica. Aunque existe una marcada similitud entre ellos, es la rara disposición de sus pintas y manchas lo que atrajo el espíritu artístico del mochica para emplearlos como signos ideográficos, como portadores de mensajes. De ninguna manera, por lo tanto, podemos decir que las pintas que aparecen en los pallares pictografiados hayan sido copiadas de los naturales: ellas encierran, con toda seguridad, ideas y expresiones del lenguaje escrito. Quizá si los ceramios que aparecen completamente adornados de pallares no sean sino verdaderos documentos con narraciones de la interesante historia mochica (Figs. Nos. 186 y 187).

Todo esto ha sido ampliamente comprobado con los valiosos obsequios hechos al autor por el distinguido ingeniero Sergio Gallardo, verdadero amante de nuestro pasado, que al leer el artículo sobre escritura mochica, publicado en los diarios de Lima, le envió un pallar sacado de los cementerios de la hacienda Tambo Real, que ostenta signos ideográficos. Este documento (Figs. Nos. 188 y 189), único en el mundo, es la prueba más concluyente de nuestra teoría. Parece que los escogían especialmente por su gran tamaño. El que tenemos a la mano es de color pardo brillante, como si le hubieran puesto una materia resinosa para su mejor preservación; ofrece complicados grabados en una de sus caras, sobre la base de líneas quebradas y puntos idénticos a los que encontramos en las pictografías; en la otra presenta también algunas rayas, pero más sencillas. Este hallazgo no solamente comprueba en forma más amplia nuestras teorías, sino que ha resuelto una de las más grandes preocupaciones del autor: saber cómo coordinaban los mensajes. Como ya llevamos dicho, la cara principal del excepcional documento que nos ocupa se destaca por su gran riqueza de signos; en cambio, el otro lado sólo exhibe una simple combinación de rayas que, sin duda alguna, constituyen expresión inequívoca de la numeración mochica. A base de estos números se hacían agrupaciones en las rejillas hasta lograr dar unidad al contenido del mensaje.

Al adquirir el autor de este libro la colección arqueológica del señor C. A. Roa, toda ella fruto de hallazgos realizados en la hacienda Santa Clara, en el valle de Santa, encontró, entre los múltiples y pequeños



Fig. No. 186.- Cántara mochica adornada con signos ideográficos.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (067-005-003)

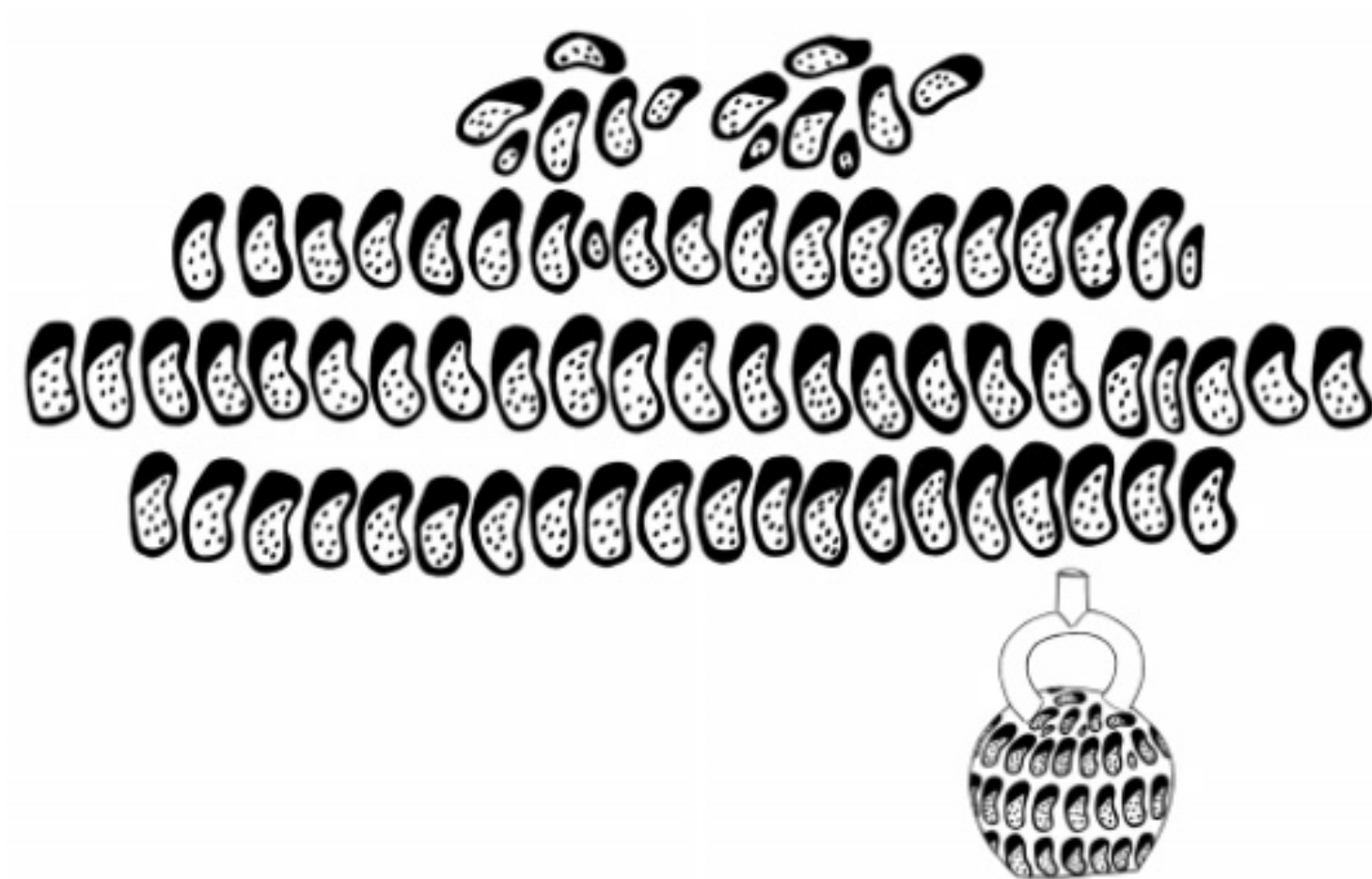


Fig. No. 187.- Signos ideográficos que ornamentan la superficie globular de un vaso mochica.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

objetos que la enriquecen, cuatro pallares del tipo descrito en el acápite anterior, pero con signos ideográficos mucho menos pronunciados y más sencillos que aquél. Una detenida observación de estos documentos convence de su comunidad de origen con el pallar que tanto ha contribuido a esclarecer este perfil de la cultura mochica.

En la misma colección hallamos una serie de bolsas hechas de cuero curtido de llama en forma no conocida y en magnífico estado de conservación. Estos objetos consisten de un fragmento de piel que ha sido cuidadosamente doblada ni más ni menos que por papeles que se usan en la filtración de los productos químicos. Todo el conjunto ofrece una forma alargada que permitía su fácil manipulación. Las bolsas llevan en uno de sus extremos un cordón largo hermosamente tejido que

servía para atar el envoltorio. Todas ellas contenían un polvo blanco y un pedazo agudo de cuarzo, sustancias que nos inclinamos a creer que servían, la una, para dar mayor visibilidad a las incisiones, y la otra, a manera de punzón, para hender mediante las incisiones la superficie del pallar (Figs. Nos. 191, 195, 196a y 196b).

Las figuras Nos. 192, 193 y 194 nos muestran pallares humanizados. En la yemecilla del embrión o gémula los mochicas han figurado el rostro de un individuo, de tal manera que el cuerpo mismo del pallar forma la parte posterior de la cabeza. ¿Quiere acaso esta figura simbólica decirnos que los mochicas descubrieron que el órgano creador del pensamiento era el cerebro? No hay duda de que los mochicas, con esta creación simbólica, quisieron dejar sentado que en cada pallar, cubierto de signos ideográficos, existía latente un pensamiento, bullía una



Fig. No. 188.- Pallar con incididos de gran valor ideológico; notabilísimo documento arqueológico que fue obsequiado al autor de esta obra por el ingeniero señor Sergio Gallardo.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (067-004-065)

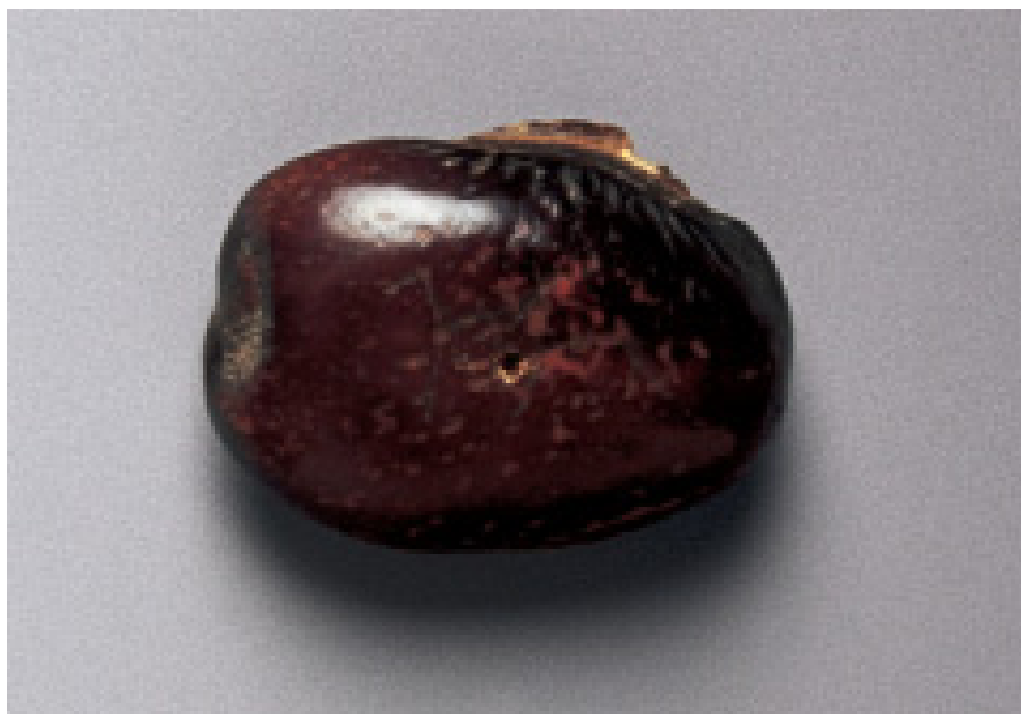


Fig. No. 189.- Revés del mismo pallar, cuyo incidido es menos complicado puesto que se trata de un signo numérico.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (067-004-005)



Fig. No. 190.- El mensajero nocturno simbolizado con caracteres de la lechuza.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (066-003-001)